

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El Conflicto Total

La Guerra del Pacífico.

Cuando tocaba a su fin el año de 1941, más exactamente el 7 de diciembre, los diplomáticos japoneses Krusu y Nomura, a las 2 horas y 20 minutos, hicieron entrega al Secretario de Estado norteamericano Hull de un memorándum en el que rechazaban propuestas estadounidenses del 26 de noviembre anterior: "El gobierno japonés lamenta tener que notificar al gobierno americano que, en vista de la actitud adoptada por el gobierno americano, no puede considerar posible el logro de un acuerdo por medio de nuevas conversaciones".

Media hora antes de este acto, el Secretario de Estado Hull había conocido la noticia del ataque japonés a Pearl Harbor. Esta información, según historiadores militares norteamericanos "causó la impresión de un trueno en cielo despejado".

Hasta entonces las Fuerzas Armadas estadounidenses, actuaban de acuerdo con el plan operativo aprobado el 21 de julio de 1941, basado en el cálculo de que el Japón atacaría a la Unión Soviética, según se desprende del contenido de las páginas 2.568 a 2.601 de la obra "Hearings Before the Joint Committee", volumen 17. En el parte informativo de los organismos correspondientes, expedido el 28 de noviembre de 1941, se comunicaba oficialmente que el Japón podría atacar únicamente a la Unión Soviética y que deseaba sinceramente el acuerdo con los Estados Unidos.

Es un tanto complejo interpretar la actuación de los Estados Unidos en este momento crucial, si se tiene en consideración que el 9 y el 14 de abril de 1941, dos altos oficiales norteamericanos presentaron al General Marshall in-

(IV Entrega)

DIAL

Hernando Gaitán Linares

formes de las islas Hawaii, en las que se analizaba con bastante exactitud los posibles planes de agresión japonesa y sus eventuales consecuencias.

Pese a tales consideraciones, que dejaban entrever un peligro inminente en la zona del Pacífico, fueron anuladas todas las medidas de precaución adoptadas hasta entonces en las guarniciones americanas de la cuenca del Pacífico.

También vale consignar que el mando americano, desdeñó los defectos de la base militar de Pearl Harbor, cuya rada era apenas de 500 metros de anchura por 12 de profundidad, condiciones muy poco recomendables, como base de grandes fuerzas navales.

Tal sería la situación, de los acorazados norteamericanos que estaban allí anclados de dos en

dos, con las bandas juntas, convirtiendo así la rada en una perfecta ratonera, cuya única salida navegable debía sortear un arrecife de coral.

Bajo tan adversas circunstancias, los acontecimientos, como el estallido de un polvorín, repercutieron en varias direcciones. La agresión japonesa se desencadenó simultáneamente sobre diversos puntos, a las 10 horas y 45 minutos, hora de Washington; el día 7 de diciembre, fue ocupado el "Settlement" internacional del Shangai; a las 11 horas y 40 minutos tronó el fuego de cañón sobre las posiciones inglesas en el norte de Malaya, y a las 12 horas y 5 minutos desembarcaban las huestes japonesas en la costa de la misma; una hora más tarde, partiendo de allí, se desató la ofensiva a través de Thailandia. A las 13 horas y 20 minutos Pearl Harbor sería convertido en una masa impresionante de ruinas de barcos e instalaciones portuarias y aéreas.

El 8 de diciembre un rescripto imperial japonés anunció su declaración de guerra a Estados Unidos y Gran Bretaña.

Así, como por arte de magia, los japoneses pondrían fuera de combate —de un solo golpe— las fuerzas navales fundamentales de los Estados Unidos en el Pacífico. Esta era la premisa indispensable para conquistar el dominio de todo el sudoeste Pacífico y efectuar posteriores anexiones territoriales.

Este artero golpe se cumplió con una precisión tan exacta, que solo puede compararse con la destrucción total e impresionante de la flota imperial rusa en la bahía de Isuchima, en 1905, realizada por el Almirante japonés Heitachiro Togo.

El plan imaginado por el notable Almirante Yamamoto se apoyaba en un postulado esencial: la sorpresa. El secreto que rodeó los preparativos fue excepcional y las medidas de seguridad, draconianas. Los navíos elegidos se concentraron escalada o aisladamente en el lugar de reunión en la Bahía de Tankan en la isla desierta de Etorofu en el grupo de las Kuriles meridionales. Al anochecer del 22 de noviembre los 51 buques que componían la unidad operativa, bajo el mando del Vicealmirante Chuichi Nagumo, se hallaban reunidos en la Bahía de Tankan:

- 6 Portaaviones con 392 aparatos
- 1 Escuadrilla de destructores con 9 unidades
- 1 Crucero ligero conductor
- 2 Acorazados de apoyo
- 2 Cruceros de apoyo
- 3 Submarinos de crucero
- 26 Submarinos de exploración
- 2 Destructores
- 8 Proveedores y petroleros

De los 26 grandes submarinos, 5 habían sido equipados para transportar cada uno un submarino enano.

Después de una travesía, aproximada a los veinte (20) días, el domingo 8 de diciembre, la fuerza japonesa había llegado al punto señalado para el lanzamiento de los aviones, 200 millas al norte de la isla de Oahú.

A las siete (7) horas y 55 minutos el Capitán de Fragata Mitsue Fuchida, guía de la primera oleada de 183 aparatos, lanzó la señal de ataque: To... To... To... tara o el juego de la destrucción...

A bordo de los 96 barcos anclados en Pearl Harbor, se disponían aquel día, a las 7 y 50, a la ceremonia de izar la bandera. En este instante, precisamente, el primer Aichi 99 bombardeó en picado, se lanzó sobre la base de hidroaviones de la isla de Ford, que fue sacudida por una fuerte explosión que hundió entre el humo y el polvo la rampa de lanzamiento de los hidroaviones.

Otra nube veloz de aviones Nakajima —tipo 97— como un enjambre pasó a unos metros por encima de las superestructuras produciendo formidables explosiones. La base del Ejército de Wheeler Field a las 8.20 fue atacada por un grupo de aviones que destruyó todo lo que podía volar. De los 49 aparatos ardían 33, cuando el comandante de la base Ewa fue a tomar su servicio. Tras una breve pausa, después del repliegue de los aviones de la primera oleada, una segunda sobrevoló la punta norte de Kakuku a las 8.40. Estaba compuesta de bombarderos en pi-

cado, de bombarderos de altura y de cazas Mitsubishi.

A fin de facilitar el regreso de los aviones, la flota japonesa se aproximó a 300 kilómetros de Oahú.

El Almirante Yamamoto podía ya, desde su buque almirante, anclado en Kure, considerar las futuras victorias japonesas.

La mayoría de los estadounidenses del continente se enteraron por radio de la terrible noticia. Al finalizar la tarde del domingo 7 de diciembre, América del Norte conocía aproximadamente la magnitud del terrible desastre. Los japoneses habían destruido 188 aviones y dañado otros 159; a 2.403 ascendían las víctimas y los heridos 1.178. El golpe era rudo pero llevaba en sí el germen que debía galvanizar al pueblo americano.

Esta derrota, sin precedentes en la historia de las guerras navales, y que se prolongó por espacio de 1 hora y 50 minutos, comportó para la armada de los Estados Unidos la pérdida de 5 acorazados y seriamente averiados los otros 3. El total de esas pérdidas navales ascendió a 19 buques de guerra. El Japón solo perdió 29 aviones, 1 submarino y 5 de bolsillo.

La magnitud de la contienda en el Pacífico puede apreciarse, con cierta propiedad, por el área geográfica tan extensa que comprendió la fulgurante ofensiva japonesa proyectada por el gran

Almirante Yamamoto, con la integral aprobación del Consejo Supremo de la Guerra, Gabinete Tojo. Las conquistas niponas cubrieron un territorio con una extensión de 3.800.000 kilómetros cuadrados y una población muy aproximada a los 150 millones de habitantes.

El imperio del sol naciente en su ambicioso plan comprendía en su primera fase la ocupación de Thailandia; el desembarco en Malasia y la toma de Singapur que consideraban inexpugnable los ingleses, y defendida además por un ejército superior a los 100.000 hombres. A este propósito los periodistas norteamericanos White y Jacobi declararon: "Toda la campaña de los mares meridionales fue una epopeya de vergüenza, desgracia y estupidez". A continuación vendrían Luzón y todo el archipiélago de las Filipinas; la conquista de las islas Guam y Wake; la ofensiva contra China y el asalto a Hong Kong.

Este plan, notablemente bien concebido, constituía un conjunto estratégico de doble efecto; en primer término: procurar al Japón numerosas bases de partida para las conquistas ulteriores de la segunda fase, y en segundo, establecer un vasto perímetro defensivo. Ambas operaciones se entrelazaban en el espacio y el tiempo. Emanaban unas de otras con una precisión y una lógica notables. Su ejecución estaba garantizada por la cuidadosa y sistemática preparación de sus fuerzas de aire, mar y tierra, como había de com-

probarse por sus éxitos arrolladores en todos los frentes operativos.

Fue, debido a esta conjunción de factores, que el estado mayor imperial, sin esperar el resultado del ataque a Pearl Harbor, desencadenó las operaciones simultáneas definidas por el plan del 6 de septiembre de 1941, en su primera fase.

En su empuje hacia el sur—conforme a lo previsto—fueron conquistados Guam, Wake, Hong Kong, Malasia, Singapur, Batan y Corregidor. Con su implacable capacidad operativa, sorprendió al enemigo por su rapidez, fortaleza y precisión. Todas sus operaciones fueron realizadas al mismo tiempo, cada una con sus propios medios y fuerzas, lo que da una idea del poderío militar nipón de aquella época y del alto grado de organización y puesta en marcha del plan de conquista.

En la segunda fase vendrían Borneo, Célebes, Molucas, Bali, Timor, Rabaul, Kavieng, Sumatra, Java y otras islas.

Una serie de batallas, unas afortunadas y otras adversas, debieron librar los Estados Unidos y sus aliados, en la inmensidad del Pacífico, hasta cuando por fin lograron superar su mala racha, con las victorias en el mar de Coral y en otras zonas, que aún cuando no fueron decisivas representaron un resurgir del potencial aéreo-naval. Entre las que merece por su intensidad y por haber intervenido las tres armas,

cabe mencionar, Mar de Java, Savo, Salomón Orientales, Cabo Esperanza, Santa Cruz, Guadalcanal, Tassafaronga, Isla Rennel, Bismarck, Villa Lavella, Bahía Emperatriz Augusta. Es de relieves el triunfo indiscutible de los Estados Unidos en Guadalcanal.

Una vez que los norteamericanos alcanzaron una producción bélica, que logró subvenir a la demanda de sus aliados en Europa y en toda la cuenca del Pacífico, así como la capacitación aérea y fuerzas de tierra, se inició su creciente poderío y comenzó a declinar el del Japón.

Los soldados de Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia apoyados por las fuerzas de mar y aire respectivas y la de Holanda, inflingieron pérdidas irreparables al Japón en la maleza de las selvas. El veterano ejército chino, bien provisionado por los norteamericanos, endureció su resistencia y frenó el ímpetu nipón. Base tras base japonesas comenzaron a ser evacuadas. El lema del Almirante Chester Nimitz, "para una nación, el tiempo es oro sólo cuando lo utiliza provechosamente gracias a la previsión de sus gobernantes", fue fiel intérprete de su inagotable teozón para acosar al Japón, desde el desastre de Pearl Harbor. Este hombre descendiente de alemanes, al frente de las operaciones navales y el General Douglas Mac Arthur, por sus excepcionales condiciones, fueron los que bajo su experta conducción, lograron elevar la

moral, la capacidad combativa y el espíritu bélico de las huestes bajo su mando, hasta llevarlas a la reconquista del Pacífico. Mac Arthur hizo posible la recuperación de las Filipinas durante los meses de enero y febrero de 1945. Mientras tanto, Nimitz apoyaba los desembarcos en Iwo-Jima y Okinawua, y un ejército anglo-norteamericano en coordinación con los ejércitos de China, expulsaba a los japoneses de Birmania.

Con la reconquista de Borneo se inició el camino de la victoria, que, anticipándonos a los acontecimientos, había de culminar en forma terrorífica con las devastaciones atómicas de Hiroshima y Nagasaki.

El frente de guerra del Pacífico, en el segundo conflicto mundial, se prestaría a una relación casi ininterrumpida de confrontaciones navales, aéreas y terrestres, en las que se pondrían de presente fenómenos que merecerían un amplio análisis —no por los hechos militares en sí— sino por la influencia decisoria que sobre ellos ejercieron los factores económicos, la capacidad productiva industrial, el influjo poderoso de las materias primas y de los combustibles, el carácter y naturaleza de los contrincantes, su iniciativa, su ductibilidad de adaptación y de asimilación de circunstancias y de aspectos nuevos e imponderables. Esta confrontación tradicional —de aire, mar y tierra— relevó en un principio un Japón de potencialidad tan abrumadora, que los eu-

ropeos y americanos fueron arrollados y superados, sin atenuantes, por su imprevisión, bajo nivel operativo en las tres armas y su desconcierto e incapacidad de reacción oportuna ante los golpes demoledores y contundentes que les asestó un adversario inagotable en decisiones, voluntad de triunfo, mística e inquebrantable fe en sus instituciones, así como una profunda convicción en su devenir histórico.

Al inicio de las operaciones el poderío naval del Japón estaba cimentado en una marina imponente, de las más poderosas y modernas del mundo, dotada de tripulaciones altamente calificadas y bien adiestradas, que todo lo trastornó a su paso, dejando tras de sí una estela de aplastantes victorias en el Sudeste del Asia y en casi toda la cuenca del Pacífico. Esta potencia insospechada asombró no sólo a sus adversarios sino a los críticos y analistas neutrales.

En cuanto al poder aeronáutico se estableció plenamente que, su industria había alcanzado al estallido de la contienda un ritmo máximo de producción de aviones, que le permitió disponer de una potente flota de aparatos ultramodernos. Su organización industrial era de tal naturaleza, que pese al estado de guerra, logró en 1944 aumentar el ritmo de productividad, hasta alcanzar su apogeo, meses antes de dar comienzo los bombardeos estratégicos norteamericanos. Este progreso corrió parejo con la efi-

ciente técnica del personal de tripulantes y expertos en el mantenimiento y recuperación de equipo de vuelo.

Tras seis meses inintermitidos de éxitos y victorias, por ende muy espectaculares, algo comenzó sin embargo a alterar el calidoscopio del gran océano, teatro de sus hazañas. Sin lugar a dudas, y así lo comprobarían los futuros desarrollos del conflicto, los Estados Unidos tenían en su haber, una extraordinaria capacidad de recuperación, auspiciada por su gigantesca potencialidad económica y su incomparable iniciativa en todos los ramos de la técnica y la ciencia. En la confrontación tridimensional del atolón de Midway, el Japón, victorioso hasta entonces, encajaría su primer gran descalabro.

En tal evento sus formaciones repartidas entre las bases insulares de Wake, Aur, Wotje, Jaliut, Kiwajalein, agrupaban 72 aviones de caza, 82 bombarderos torpederos y 24 hidroaviones de reconocimiento. Sus huestes estaban divididas en 6 potentes grupos tácticos, compuestos por más de 180 navíos, 589 aviones embarcados y con base en tierra, sin contar los aparatos transportados normalmente por los acorazados, los cruceros y los abastecedores de aviación. En suma, era una fuerza colosal, a la que lógicamente nada parecía poder oponerse.

Todo hacía presagiar que se confrontaría un choque decisivo por el dominio del Pacífico. Ambos contendientes coincidieron en elegir como teatro de operaciones el minúsculo atolón de Midway. Para el Japón era una necesidad vital atacar y destruir los restos de la flota americana que sobreviviera y fuera reparada después de la aplastante acción de Pearl Harbor, especialmente los portaaviones. Para Norteamérica el atolón era de una excepcional importancia estratégica, por su sola posición geográfica. Por ello debió poner por obra, a partir de las grandes maniobras navales de 1935, la construcción de numerosas instalaciones marítimas y aeronáuticas; la creación de un puerto artificial; una base de hidroaviones; hangares y depósitos de combustibles subterráneos. También, en el pequeño islote de Eastern, debidamente nivelado, se estableció un campo de aviación; asimismo, refuerzos de hombres y aviones endurecieron su capacidad ofensiva y defensiva, y contribuyeron a convertirla en la primera base americana contra el Japón.

Ello justifica plenamente, que por decisión del Almirante Yamamoto, se aparejaron fuerzas aeronavales y tropas de desembarco de la más tremenda capacidad ofensiva de que pudo disponer el Japón.

Para los americanos el encuentro de Midway —en el que jugaban la última carta— por el dominio del Pacífico era en extremo crítico.

Pero el Almirante Chester W. Nimitz concurrió sin vacilar a la cita con el destino. Antes de concurrir, trabajando día y noche, todos los talleres de tierra en Pearl Harbor, fabricaron piezas para reparar las grandes averías de sus barcos.

El portaaviones Yorktown salió recuperado de los muelles para juntarse al Enterprise y el Hornet en el punto "Azar" a 500 kilómetros de Midway. También procedió a desplegar 25 submarinos del Contralmirante Robert H. English, e hizo tomar posiciones a su flota de 4 portaaviones al nordeste de la isla, con una dotación aproximada a los 160 aviones de combate y bombarderos. Estacionada en Midway contaba con una flotilla aérea cercana a los 160 aviones entre bombarderos y torpederos. Disponía además de dos divisiones de cruceros y dos de destructores, así como de petroleros y navíos de abastecimiento. Pese a haber logrado alinear todos los efectivos disponibles, las fuerzas japonesas eran de una superioridad abrumadora.

El 4 de junio de 1942, ambos contendientes, como de común acuerdo, habiéndose desplegado en orden de batalla, lanzaron sus aviones bombarderos y de combate en procura de blancos sobre los portaaviones y las instalaciones estadounidenses del atolón, que se haría célebre en los anales de la historia militar norteamericana, a partir de este

célebre día. Los encuentros iniciales no fueron favorables para estos últimos por causa que puede atribuirse a cierta inexperiencia de los pilotos con base en tierra y la deficiente calidad y lentitud de sus torpedos, que hicieron culminar la operación con la inútil pérdida de muchos aviones, destrozados por la eficiente artillería de los barcos nipones.

Estos, en cambio alcanzaron algunos de sus objetivos en tierra, que no fueron de grandes proporciones. También puede atribuirse el poco provecho inicial a la deficiente información comunicada sobre posición y movimientos enemigos.

Luego sobrevino una segunda oleada de aviones japoneses que corrió con mejor suerte. Sus aparatos, volando a 3.500 metros, largaron sus bombas con mayor precisión, secundados por los bombarderos en picado que destruyeron numerosas instalaciones, entre ellas el hospital, el puesto de mando, los depósitos de carburantes en "Sand", la central eléctrica de "Eastern", los hangares y base de hidroaviones.

La situación de los americanos mejoró ostensiblemente, cuando alertados por la dirección del viento, lograron determinar la orientación de los portaaviones enemigos, que después de haber lanzado la segunda oleada de bombarderos, debieron poner cara al viento para recibir el regreso de sus aparatos. Fue así, como a las 8.6 horas, todos los aviones dis-

ponibles, 121 en total, que comprendían bombarderos, torpederos y de combate, con mejores informaciones sobre posición, recibidas de aviones exploradores, pese a la inevitable pérdida de varios aparatos, cayeron como un alud sobre los portaaviones japoneses, causando en ellos terribles estragos, no sólo en los grandes barcos, sino incendiando la casi totalidad de los aviones que estaban alineados sobre las cubiertas. Como consecuencia de tan terrible asalto 3 portaaviones fueron puestos fuera de combate y veintenas de aviones, que chocaron y se incendiaron en medio de tremendas explosiones.

Este éxito tan rotundo comportó apenas la ruina de 67 aviones americanos de los diversos tipos. Pese a estas pérdidas, el triunfo logrado justificó este alto precio.

Un cuarto portaaviones japonés el Hiriju fue sorprendido en otro sector con su cubierta atestada de aviones, corriendo así la misma suerte de sus tres compañeros del Saryu, el Kaga y el Akagi. Junto con ellos perecieron el crucero pesado Mikuma y sus seis hidroaviones de reconocimiento, que fueron a reunirse en los abismos del mar con 322 aviones que hacinaban en sus cubiertas los portaaviones. En esta parte del encuentro o primera fase, que podría denominarse batalla de los portaaviones, las pérdidas totales norteamericanas se concretaron a las siguientes unidades: el por-

taaviones Yorktown que el 4 de junio fue alcanzado por tres bombas que destruyeron la cubierta de vuelo por estribor, la chimenea principal y una tremenda brecha que causó grave destrucción. Escortado por siete destructores y el dragaminas video logró mantenerse a flote hasta el día 5 en que nuevamente fue torpedeado y se fue a pique definitivamente. Con él habían sucumbido el destructor Hammonn y 147 aviones del ejército y la armada, para un total de 214 aparatos de todos los tipos. Esta intestable victoria americana sería el inicio de las futuras victorias estadounidenses, que recobrarían el dominio del océano Pacífico.

La última fase de la lucha contra el Japón se inició con la reconquista de Borneo en junio de 1945 y se completó con la terrible devastación, por bombas atómicas el 6 y el 9 de agosto, lo que determinó la rendición total del Japón.

Al culminar esta guerra con la decisiva victoria de los Estados Unidos de Norteamérica y sus aliados, se comprobó una vez más que la potencialidad económica es siempre el factor esencial en una guerra. El Japón, pese a su intensa preparación bélica, no estaba en condiciones de afrontar un conflicto de larga duración pues sus recursos estaban calculados para una lucha en que la sorpresa y la rapidez operativa jugaban el papel decisivo. En cambio, Norteamérica, entre más se

prolongara la contienda disponía de todos los elementos en la forma masiva que sus fábricas y empresas industriales diligenciaban cada día, a un ritmo de proporciones colosales, dentro de una técnica y una organización insuperables, aún en las épocas de paz.

La guerra en los mares.

El Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico fueron el teatro de operaciones aeronavales a partir de 1939, en desarrollo de los planes ideados por alemanes, italianos y japoneses en su ambicioso proyecto de desvertebrar el imperio colonial inglés y rodear y destruir el potencial de la Unión Soviética, mediante una conjunción de fuerzas en los frentes de Europa, Asia y Africa.

Como consecuencia del propósito británico de aplicar la guerra económica, tendiente a bloquear las importaciones alemanas, todo su poderío naval entró en acción para aprovechar la superioridad cuantitativa de sus flotas en los tres océanos. Para alemanes e italianos, con la claudicación del frente francés, que privaba a Inglaterra de la colaboración de la moderna y poderosa flota a cargo del Almirante Darlán, se equilibró un tanto su inferioridad naval y lograron amenazar seriamente las rutas de navegación inglesas mediante el empleo de una poderosa fuerza submarina, próxima a 2.000 unidades, así como la tremenda capacidad ofensiva de los nuevos tipos de

acorazados y cruceros alemanes, que aun cuando en lo general de menor tonelaje, estaban dotados de todos los elementos y condiciones indispensables para enfrentarse a los barcos capitales británicos.

Las pérdidas de los aliados occidentales por acción del arma submarina alemana e italiana, fue de tal magnitud, que incluyendo solamente el período comprendido de enero a julio de 1942, se elevaron a la escalofriante cifra de 3.000 toneladas, incluyendo en ellas los 181 barcos ingleses con un 1.130.000 toneladas que reportó el almirantazgo británico. Estos guarismos, como puede apreciarse, conciernen únicamente a un período de siete meses. Cabe suponer, que si se acumularan las ocurridas en cuatro años en las diversas regiones del conflicto, aquellas debieron ascender a cifras astronómicas.

Los reportes ingleses sobre pérdidas en las acciones navales también incluyen la destrucción de cerca de 1.500 submarinos alemanes e italianos, cifras muy probablemente cercanas a la realidad, pues al concluirse la guerra los alemanes hicieron entrega apenas de 250 submarinos.

Ante la indudable inferioridad naval que implicaba para Inglaterra en el Mediterráneo la entrada de Italia en la guerra, aquella —como siempre— oportuna en sus decisiones, actuó de inmediato para conjurar la amenaza que pesaba sobre sus comu-

nicaciones con las colonias y el desarrollo de las operaciones militares en el norte del Africa.

El crucero Sidney apoyado por destructores, atacó y hundió al crucero italiano Bartolomeo Colleoni. En una sorpresiva incursión dirigida por el Almirante Cunningham, a la base naval de Tarento, aviones torpederos transportados en portaaviones pusieron fuera de combate tres acorazados italianos y averiaron gravemente otras embarcaciones. En una operación fulminante echaron a pique los cruceros Polo, Sara, y Fiume. Como consecuencia de estas actividades los británicos hubieron de lamentar la pérdida de dos portaaviones, el Ark Royal y otro de menor categoría, así como considerables averías en el acorazado Nelson.

Poco después de este insuceso, una escuadrilla británica de varias unidades atacó y destruyó tres destructores y diez transportes italianos. Pero frente a Alejandría, por acción combinada italo-alemana, los británicos perdieron un crucero y un portaaviones. El balance de las actividades navales fue empero favorable para Inglaterra que recobró el dominio naval del Mediterráneo, de influencia decisiva para la guerra en el Africa y su comunicación con el imperio colonial.

Pese a los muchos reveses sufridos en los distintos mares, la estrategia y la técnica naval inglesa le permitieron capear la

mortal amenaza alemana. Cabe sin embargo reconocer el decisivo apoyo que le procuró la entrada de los Estados Unidos en la guerra y la colaboración de sus aliados en el Pacífico, tanto en el desarrollo de las operaciones de combate como en el suministro de unidades navales de 50 destructores.

Los magníficos acorazados y cruceros alemanes, tanto de bolsillo como de mayor tonelaje, fueron eliminados merced a la habilidad de maniobra británica y a la decisión y coraje de sus marinos. El acorazado de bolsillo Graff Spee, que tanta destrucción causó a la navegación mercante, debió ser hundido por órdenes de su propio capitán, en las costas del Uruguay, ante el formal bloqueo a que fue sometido por tres cruceros ingleses, después de un reñido encuentro naval.

El crucero Scharnhorst fue seriamente averiado pero logró evadirse en las costas noruegas para ser sometido a una completa reparación. Los cruceros Koenigsberg y Blucher fueron puestos fuera de combate, también en aguas noruegas. El gran acorazado Bismarck corrió poco después la misma suerte. Todos estos éxitos los logró Inglaterra a costa de graves pérdidas: el portaaviones Glorious; varios cruceros, entre ellos el Hood; numerosos destructores y portaaviones menores.

A comienzos de la guerra del Pacífico los japoneses causaron

serios daños a los Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Australia, y otros estados del imperio colonial británico. Los norteamericanos, sorprendidos en un principio, solo comenzaron a reaccionar a raíz de los encuentros navales del mar de Coral, Salomón y Midway. Antes de la recuperación aliada, el acorazado británico Prince of Wales y el crucero Repulse, despachados a Singapur sin el necesario apoyo aéreo, fueron hundidos por torpedos japoneses lanzados desde aviones el 16 de diciembre de 1941. Pero la escuadra naval nipona, quebrantada después de Midway, fue perdiendo su poder combativo y ya debió mantenerse a la defensiva ante el creciente vigor norteamericano, que registró ininterrumpidamente un aumento considerable en la producción de unidades navales y en la detección de submarinos. La réplica a las pérdidas de barcos mercantes, por parte de los aliados, representó para el Japón el hundimiento de 1.750 buques de todos los tamaños.

La guerra en el desierto.

Tal vez — sin lugar a duda— uno de los frentes de guerra de más intensidad y colorido, casi novelesco fue el que se desarrolló durante tres años en el desierto del norte de Africa, en condiciones que exigieron grandes sacrificios de ambos contendientes para soportar el tormento de la sed, las tempestades de arena y el rigor de un sol abrasador.

La fuerza inglesa constituida por el VIII ejército debió librar la lucha más encarnizada para soportar la gran embestida del Afrikakorps alemán. En ella, aun cuando hubo varios cambios de comando en ambas huestes, se distinguieron como figuras principales el legendario General Rommel, uno de los caudillos más populares en la Segunda Guerra, y los ingleses Claude Auchinleck, general de brillante trayectoria y el notable Mariscal Montgomery, quien a la postre fue el vencedor de Rommel en esta extraordinaria página de historia militar.

El concepto que se tenía de Rommel en la parte enemiga era tan alto y la admiración tan grande que el propio sir Auchinleck expresó su opinión en los siguientes términos: "Sólo cuando un hombre está formado de una manera especial y se es un militar fuera de serie, como es el caso de Rommel, consigue un jefe de la parte contraria tal reputación. Sin duda alguna Rommel es un caso distinto; los superaba a todos". Así mismo un corresponsal inglés escribió en un periódico de Londres: "Si el gran drama tiene un héroe, éste tiene que ser Rommel".

La guerra en el Africa del Norte fue dura y cruel para ambos contendientes, pero se hizo siempre bajo unas reglas claras y precisas, al tenor de viejas y caballerosas tradiciones. Los hechos de armas en las batallas de Libia y Cire-

naica sobre el suelo egipcio, avalan los conceptos sobre el genial militar alemán.

Esta contienda en que ambos combatientes debían ser abastecidos a través de miles de kilómetros en aspectos vitales como víveres, agua, municiones, tanques, equipos de combate, combustibles y reservas, todo dependía de la seguridad de tales suministros. Con frecuencia los convoyes eran destrozados por las fuerzas navales, aéreas y terrestres, lo que implicaba que una batalla cambiara rápidamente de cariz para ambos bandos.

La suerte de la guerra, dadas las condiciones prevalecientes siempre, del poderío económico, habría de inclinarse irremisiblemente a favor de los aliados occidentales, como ocurriría en los demás frentes. Su superioridad naval, aérea y de producción de elementos bélicos, era bien sabido, que habría de triunfar el que dominara en el aire y en los mares, para inclinar el platillo de las balanzas en favor del más poderoso.

Esto ocurrió precisamente cuando las fuerzas navales y aéreas de los Estados Unidos e Inglaterra, dueños del mar Mediterráneo, impusieron un inquebrantable bloqueo al norte del Africa, que cortó todos los abastecimientos al Afrikakorps, hasta obligarlos a replegarse y rendirse bajo el mando de un general alemán, que ya no era Rommel, pues éste fue trasladado al frente

de guerra europeo una vez que el rígido bloqueo y la avalancha de tropas norteamericanas impidió cualquier clase de apoyo al "Zorro del desierto".

Con la inclinación de la guerra del norte de Africa a favor de los aliados occidentales, el colapso alemán en Rusia y el quebrantamiento del poderío japonés, se inició lo que habría de ser la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial. Ya sería a partir de entonces la temida invasión de grandes contingentes de hombres a las mismas costas donde los alemanes habrían doblegado el poder de Francia y obligado a evacuar los restos de los expedicionarios británicos.

OBRAS CONSULTADAS

1. Reportaje de la Historia. 136 relatos de testigos presenciales. Editorial Planeta. Barcelona.
 2. Memorias. Winston Churchill. Tipografía La Academia. Barcelona.
 3. Enciclopedia Cultural. Unión Tipográfica. Editorial Méjico.
 4. La Segunda Guerra Mundial. G. Deborin. Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú.
 5. La ofensiva japonesa y el alud americano. Bernard Millot. Editorial Bruguera, S. A. Barcelona.
-
-